

los sacerdotes no obedecen más que al soma¹, es decir, a su inspiración. El licor sagrado era para ellos, no la bebida que embriaga al pueblo, sino su voluntad, su puro e infalible capricho.

Gracias al aislamiento relativo en que se hallaban los Arios de la India sub-himalaya, viviendo alejados del mar y careciendo de relaciones, altaneros y reservados como eran, sino con las poblaciones despreciadas de los contornos, su evolución moral y religiosa se iba efectuando, por decirlo así, en vaso cerrado: así había de llegar plenamente a su término lógico, puesto que no había tenido ocasión de mezclarse con elementos extraños, y en efecto, la casta de los sacerdotes no tomó en parte alguna tan gran imperio, aun sin haber de apoyarse sobre el «brazo secular», por la pura ilusión de la autoridad divina que les aseguraba el consentimiento universal.

El aislamiento absoluto de los Brahmanes, adquirido no solamente por el nacimiento, sino también por el estudio, por la obediencia a los profesores y la sumisión a las fórmulas, frecuentemente por el desprendimiento y las maceraciones, no llegaba, no obstante, a hacerles dichosos, y, aun siendo dioses, tenían que buscar esa felicidad que había huído de ellos. Tal fué ciertamente una de las causas de la gran revolución religiosa que se produjo bajo el nombre de budhismo, aunque esta causa sólo obrase sobre los hombres que estaban en condiciones necesarias para entregarse a las especulaciones intelectuales: una revolución profunda que remueva la masa entera de la nación, no podía hacerse sin que brotara del fondo mismo de las condiciones sociales. Si los orígenes esenciales del movimiento búdhico han sido olvidados y hasta ignorados, débese a que los historiadores a quienes faltan datos precisos del tiempo se inclinan a contentarse con los únicos vestigios auténticos y seguros que tienen a su disposición: estudian solamente los dogmas y las enseñanzas religiosas, la organización eclesiástica, los mil detalles subsiguientes de las luchas que siguieron a los acontecimientos desconocidos de la explosión primera. Y esta manera de proceder les expone a engañarse por completo, es decir, a confundir el fin con

¹ H. Oldenberg, *Buddha*, ps. 14, 15, etc.

el principio, a ver la evolución regresiva en lugar del período de formación, a estudiar las instituciones salidas del movimiento y no las razones mismas que le determinaron. Se hallan en la situación de un pintor que, no habiendo penetrado jamás en una ciudad espléndida, se ingeniase en representar su aspecto en vista de las callejuelas y los senderos de los arrabales.

En esas condiciones, la ilusión de la óptica intelectual es fatal, con mayor motivo si se considera que por el desarrollo mismo de las ideas en fermentación, la lucha de las fuerzas toma caracteres muy diferentes en el origen de los acontecimientos, en el corazón del conflicto y hacia el período de retroceso que sigue a la crisis. Lo que se hubiera presentado al principio como una revolución social no parece ser al final más que una simple restauración del antiguo estado de cosas.

Se ha podido hacer constar ese contraste de las ideas de una manera notable a propósito del budhismo hindu. Ordinariamente no se estudia más en este acontecimiento capital que la persona legendaria o hasta completamente mítica de su fundador, que la significación precisa de los dogmas o hasta de tal o cual palabra empleada por sus codificadores o comentaristas; pero el budhismo tiene su importancia como revolución mayor, moral y social, y para darse cuenta de ello es necesario evocar el pasado de las edades que precedieron a este período, exponer cuáles eran los elementos sociales existentes a la sazón y de qué manera se establecía el equilibrio.

Sabido es que las poblaciones dominadas eran entonces muy desgraciadas en la India y que la clase dominante había logrado, sistematizando la división por castas, hacer que se aceptase su servidumbre por la mayor parte de los vencidos. La triste multitud de los «diablos», de los «cerdos», de los «perros», como se denominaba a los autóctonos envilecidos, se colocaba, dolorosa y resignada, en las gradas inferiores de la gran pirámide jerárquica; pero hubo rebeldías en que la transición de la independencia a la esclavitud fué demasiado brusca, y es un hecho notabilísimo que el punto de origen de la religión búdhica fué precisamente la comarca situada al oriente de ese río Sadanira, durante tanto tiempo infranqueable

a los invasores arios¹. Después de haber resistido primeramente por las armas, los habitantes de esos países opuestos a la servidumbre continuaron la lucha en otro terreno, el del pensamiento y de la voluntad. Tal fué la génesis de la revolución búdhica que tendía hacia un ideal de igualdad, hacia la supresión de las odiosas castas. Verdad es que después se constituyó gradualmente una nueva casta, la de los sacerdotes budhistas, que se esforzó en representar esa revolución como una sombra sin cuerpo, para despojarla de todo carácter económico y social, dándole una significación puramente ideal y mística: toda Iglesia cuida piadosamente de ocultar sus orígenes revolucionarios.

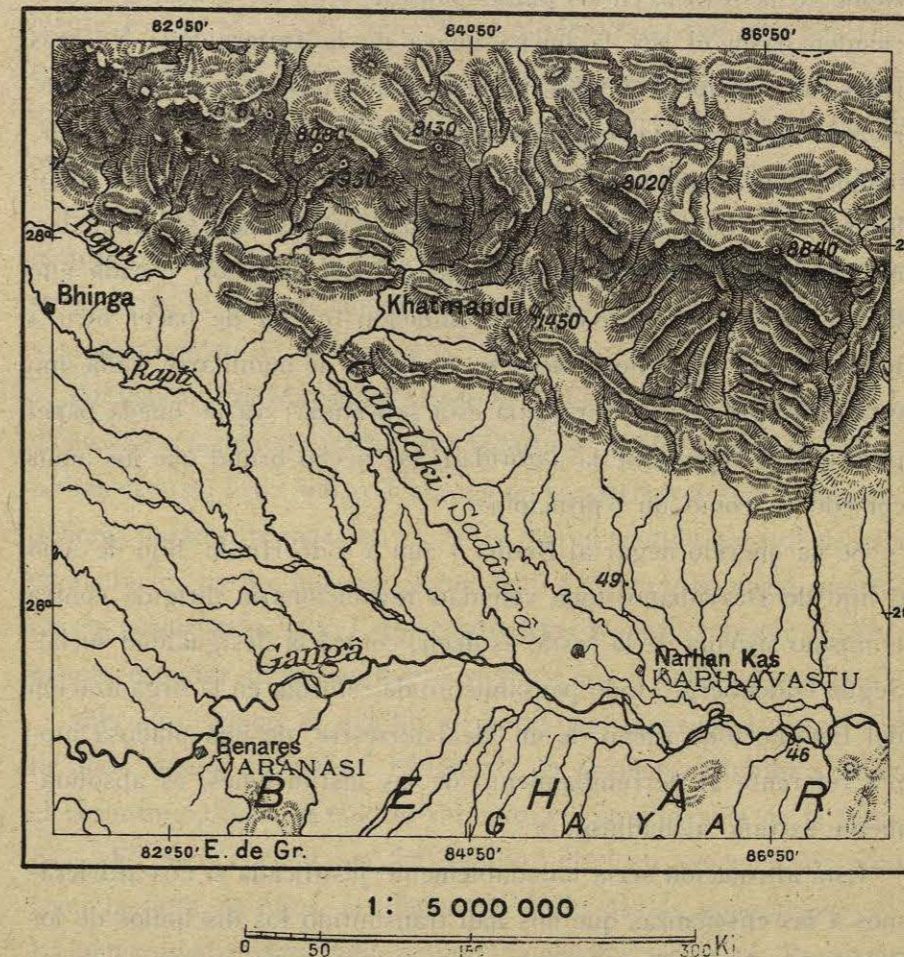
Conócese la leyenda: en una época indeterminada, pero evaluada por término medio en unos veinticuatro y medio o veinticinco siglos antes de nuestro tiempo², cuando, por un movimiento, paralelo se hacían con Pitágoras y otros filósofos tentativas de sociedades ideales en las comarcas ribereñas del Mediterráneo, nació en Kapilavastu, al borde de un torrente que desciende del Himalaya hacia el río Ganga, un noble, quizá un príncipe, Siddhartha, de la familia de los Çakya o de los «Poderosos». Se casó y tuvo un hijo, tradición que favorece la idea de la existencia real del personaje Budha, porque los discípulos dejados a su libre inventiva, seguramente hubieran elevado su maestro por encima de esos estados, reputados como inferiores, matrimonio y paternidad. Hasta la edad de veintinueve años vivió en su palacio gozando de todo el bienestar aparente de una existencia suntuosa, pero la vista de todas las desigualdades sociales a las que él mismo contribuía por el solo hecho de su poder, y que imposibilitaba toda fraternidad humana, le roía como un remordimiento, y, saliendo de su rica casa, despidió todos sus chambelanes y servidores, vistióse con un traje de lo más pobre entre los pobres, abandonó el país de los Arios vencedores, atravesó el Ganga para dirigirse a los bosques del Sud, en medio de los Dasyus, desterrados y perseguidos, y allí vivió en la meditación y el desprendimiento. Algunos discípulos le acompañaban, brahmanes probablemente. Pero en vano buscó la paz durante seis, siete o diez años,

¹ Hermann Oldenberg, *Buddha*, p. 11.

² *Ibid.*, p. 97.

según las leyendas: muchas veces debió luchar contra su desesperación, figurada en las imaginaciones populares por el dios de la Muerte.

N.º 244. India de los orígenes búdhicos



Según Cunningham, la ciudad actual de Narhan Kas, está en el sitio que ocupó la antigua Kapilavastu; otros la buscan en la gran revuelta del alto Rapti.

Dícese que Gautama recorrió los campos y las ciudades del Ganga medio antes de llegar a Benares. Proclamaba la buena doctrina durante los ocho meses de estación seca, y, de Junio a Octubre, durante las lluvias, se ocupaba en formar discípulos para el apostolado.

Katmandu es la capital del Nepal donde un budhismo muy mezclado es, todavía en la actualidad, la religión oficial de una gran parte de la población.

Al fin comprendió que el hombre no se debe a su tristeza y que rumiar sus pesares, sus virtudes, su orgullo, su propia justicia, y saborear cómodamente una melancolía poética, olvidando sus hermanos que padecen allá lejos, que luchan y que sufren en el gran

combate por la existencia, es una forma vergonzosa y cobarde de egoísmo. Solicitado de rodillas por Brahma, que bajó del cielo para implorarlo, abandonó las selvas de Gaya, y solo, porque sus discípulos escandalizados continuaron en su aristocrático desprecio del género humano, apareció en la gran ciudad de Benares predicando en las calles, en las plazas públicas y en las gradas que descenden hasta el río, la buena nueva de la fraternidad. No más reyes, ni príncipes, ni jefes, ni jueces; no más brahmanes ni guerreros; no más castas enemigas que se odian recíprocamente; ¡hermanos todos, camaradas, compañeros de trabajo en común! Todos los seres se equivalen según el Budha, las plantas, los animales, los hombres, lo mismo los viciosos que los virtuosos, y cada uno de nosotros no debe tener otra ambición que la de hacer bien a todos. Nadie debe enorgullecerse, nadie ha de humillarse, cada uno está en su lugar, toda jerarquía está suprimida: ya no queda papel para que lo represente la autoridad, ese hecho brutal que los amos consideran como un «principio».

Se ha querido negar al Budha y aun a todo Hindu, hijo de Ario o hijo de Dravidiano, toda veleidad revolucionaria dirigida contra el mismo sistema de la casta, es decir, contra la desigualdad social. Según Oldenberg, «todo pensamiento de reforma en la organización del Estado, todo sueño de un ideal terrestre, de una piadosa utopía referente al derrumbamiento de las instituciones, es absolutamente extraño al budhismo»¹.

Esta afirmación sería indudablemente justificada si nos atuviéramos a las enseñanzas que nos han transmitido los discípulos de los discípulos de Budha; porque después que hubo desaparecido la primera veneración de los entusiastas, y que, por la fuerza de gravedad, la sociedad removida en sus profundidades hubo recobrado su equilibrio, poco diferente del que había precedido la crisis, ¿no era inevitable que la interpretación se hiciese de manera que diera el sentido de los acontecimientos anteriores de conformidad con la contrarrevolución que después se había realizado? Se negó toda intervención consciente y voluntaria de parte del pueblo, despreciado; no se quiso admitir que la multitud de abajo hubiese atacado

¹ Obra citada, ps. 155 y 156.

las nobles instituciones de las castas superiores, y, por una operación de alta alquimia en que se reconoce perfectamente la habilidad de los sacerdotes, trató de darse un sentido puramente moral y mítico a la igualdad tal como la comprendía Siddhartha. En un discurso de los intérpretes, la revolución toma un carácter estrictamente espiritual: «Así como los grandes ríos, por muchos que sean, el Ganga, el Djamna, el Aciravati, el Sarabhu, el Mahi pierden sus antiguos nombres cuando entran en el Océano y no tienen otra denominación que la de «Vasta Mar», así, oh, discípulos, esas cuatro castas, los Nobles y los Brahmanes, los Vaiçyas y los Sudras pierden el nombre y la raza cuando, conformándose con la doctrina y con la ley proclamada por el Budha, renuncian a la patria y se desprenden de la tierra».

Por una sutilización análoga de todo lo que se refiere a la desigualdad social, a la pobreza y a la enfermedad, los comentadores budhistas no han visto en los «cuatro deberes» de la enseñanza inicial más que deberes puramente morales, en tanto que el sentido natural de esta enumeración parece haberse circunscrito a lo que se llama en nuestros días la «cuestión social». Estos cuatro deberes son: «conocer el sufrimiento, estudiar sus causas, querer su supresión y hallar el remedio».

Más aún: como el equilibrio moral trae consigo la supresión de todo deseo, se inclinó fácilmente la enseñanza budhica hacia el pesimismo, hacia la muerte voluntaria y la supresión de la familia. «El asceta Gautama ha venido, dice un comentario, para traer la falta de hijos, la viudedad, el fin de las generaciones»¹. La humanidad misma hubiese sido condenada a muerte. Resultaba de esta tendencia, derivada del budhismo primitivo, cierto rebajamiento de la mujer, considerada como la tentadora temible; las mujeres no eran admitidas tan fácilmente como los hombres en el número de los sectarios del Budha: sus conventos se tenían como inferiores en dignidad a los que habitaban los frailes. Hasta el dogma llegó a establecer que la mujer no podía elevarse al rango de Budha sino a condición de renacer en el cuerpo de un hombre².

La reacción era fatal por varias razones, unas inherentes al

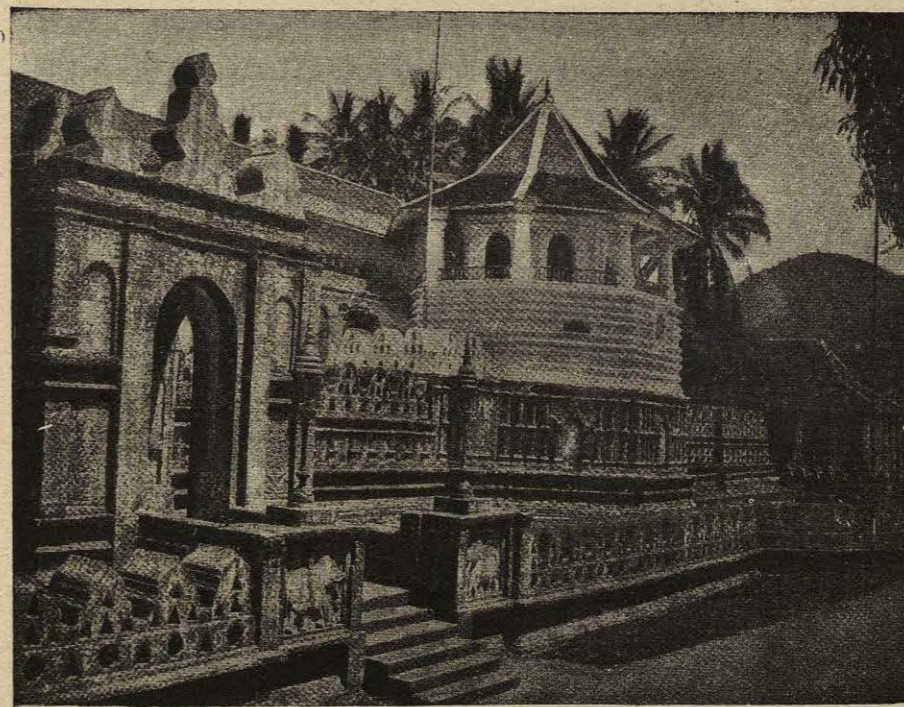
¹ Max Schreiber, *Buddha und die Frauen*.

² *Ibid.*;—G. Oppert, *Globus*, 10 Diciembre 1903, p. 352.

mismo budhismo, otras procedentes de los ataques del exterior. En primer lugar una rebeldía dirigida nada menos que a la abolición de las castas debía por consecuencia lógica llegar hasta la desaparición de los seres imaginarios que pueblan el cielo. En lo sucesivo el prudente había de buscar el móvil de sus acciones, no en la voluntad de los clérigos considerados como intérpretes de la divinidad, sino en sí mismo, en su anhelo de justicia y de bondad, haciendo consistir su religión, no en la obediencia, en la esclavitud del juicio, sino en la dignidad de su propia vida y en el amor perfecto de sus semejantes, de todos los seres animados.

El ideal era grande ciertamente, pero no podía realizarse sino muy parcialmente en una sociedad fundada sobre una concepción tan diferente de las cosas. Levantar todo el peso del pasado, derribar a la vez todas las instituciones malas, renovar el concepto mental y la práctica de los hombres, era obra demasiado grande para unos propagandistas a quienes faltó rápidamente el entusiasmo del principio, y, por tanto, hubo de manifestarse necesariamente un doble movimiento de reacción: en unos sencillamente por traición, por el paso interesado al campo de los brahmanistas enemigos; en otros por la claustración miedosa, el cenobitismo, la huida del individuo fuera del mundo.

En el sitio mismo de la selva donde Siddhartha se había refugiado, se elevaron templos en honor del «anacoreta» por excelencia, designado desde entonces bajo el nombre de Çakya-Muni. El país donde el rey convertido en mendigo había proclamado la igualdad de los hombres, no tardó en convertirse en comarca de parásitos privilegiados que vivían en los monasterios: de ahí el nombre de Vihara «Tierra de los Monasterios», nombre que subsiste aún. Esa tierra es la provincia de Bahar. Por la renuncia a las luchas del mundo miles de hombres pensaban alcanzar ese equilibrio del Nirvana que el Budha quería obtener por el continuo y triunfante esfuerzo. Parece, en efecto, natural a los débiles substraerse al combate de la vida, del cual se sale siempre, si no vencido, al menos mortificado; paréceles bien confiarse en su melancolía, en la tristeza de las cosas, o sino en la satisfacción de su justicia. Vivirán en lo sucesivo en su retiro, en medio de los ár-



TEMPLO DE BUDHA EN LA CUMBRE DEL PICO DE ADAM

(Véase página 185)

De una fotografía.

boles y de las flores, lanzando sobre la extensión del mundo una mirada desdeñosa, haciéndose una nueva armonía de las cosas por la evocación solitaria, o buscarán el reposo infinito del pensamiento, pero sin exponerse al espectáculo, al drama del suicidio, que necesita cierta actividad: se dejarán morir. ¿No es esa renuncia del que antes era revolucionario, una traición, equivalente a la del tunante que se coloca entre los satisfechos?

Además, el odio de los enemigos directos hizo el resto para la destrucción del budhismo. Los privilegiados de la raza, del nacimiento y de la fortuna que no querían rozarse con la turba de los Sudras y de los Tchandalas, con los «perros» y los «cerdos», no podían tolerar las nuevas ideas de igualdad. Pero de pronto se apresuraron a conceder a los discípulos la glorificación del apóstol, en cuanto éste hubo desaparecido y no hubo ya temor de verle terminar su obra. Se le transformó en un personaje más que divino, se hizo de él un «Budha», es decir, «despierto», «ilustrado», «sabio». Se pretendió que era la novena encarnación de